

**Meler, Irene Beatriz**

**“Mujeres y varones. Configuraciones subjetivas y vinculares de la postmodernidad”**

**Presentado en las V Jornadas Metropolitanas de Sexología y Educación Sexual “Sexualidades y Fin de Siglo”, convocadas por la Sociedad Argentina de Sexualidad Humana**

**Panel: nuevas identidades de fin de siglo**

**1 y 2 de octubre de 1999**

## **Mujeres y varones. Configuraciones subjetivas y vinculares de la postmodernidad.**

Para comprender las modalidades subjetivas y relacionales que podemos observar en el nuevo milenio, es necesario reconocer la existencia de un proceso de construcción socio - histórica de subjetividades. La construcción de los sujetos está vinculada con factores del macrocontexto, que abarcan desde aspectos estructurales fáciles de identificar, como lo son el modo de producción de la subsistencia y el sistema político vigente, hasta otros caracterizados por una mayor fluidez, tales como las representaciones y prácticas sociales prevalecientes en cada tiempo y lugar.

Las configuraciones subjetivas particulares se despliegan dentro de los límites y posibilidades que caracterizan a la mentalidad de la época. La referencia al concepto "mentalidad" no debe promover sin embargo el olvido de los cuerpos, que son también construidos a través de la historia colectiva, tanto en lo que hace a su salud y enfermedad como en lo que respecta a su erotismo (Foucault, 1980 y 1986).

Los sujetos de fin de siglo son tan heterogéneos como lo son las sociedades contemporáneas, caracterizadas por una estratificación que no por ser móvil y fluctuante, deja de ser menos efectiva, a lo que se agrega la diversidad étnica y cultural, muy marcada en un mundo globalizado.

Premodernidad y postmodernidad coexisten en los mismos espacios. Sin embargo es posible identificar una tendencia que atraviesa de modo diverso a casi todos los sectores sociales, y que consiste en un cuestionamiento y flexibilización de las identidades tipificadas por género. La ancestral polaridad genérica está en vías de disminución, al igual que la asimetría jerárquica que la fundó y buscó en ella su racionalidad. Muchas mujeres están accediendo a la condición de sujetos psíquicos y sociales, al mismo tiempo que comienza a claudicar la ilusión masculina de una subjetividad soberana.

Vivimos en un mundo de mujeres empoderadas y varones desorientados y vulnerables, donde pese a que la desventaja ancestral de las mujeres está lejos de haber sido superada, observamos que una épica de liberación atraviesa y unifica a mujeres de muy diversa extracción social, mientras que la pérdida de algunos privilegios masculinos es fuente de la crisis contemporánea de la masculinidad social.

Esta condición del vínculo intergenérico afecta todos los ámbitos de la experiencia social, desde lo laboral hasta la intimidad de la vida erótica. Sin embargo, el poder se concentra aún en manos masculinas. Aunque muchos varones experimentan una gran distancia entre el poder atribuido a los hombres y su real situación, los espacios donde se toman las grandes decisiones económicas y políticas todavía están en manos masculinas. Uno de los principales desafíos del nuevo milenio consiste en diseñar arreglos sociales, económicos, políticos, familiares y amorosos que promuevan el bienestar en la cultura en un marco de democratización más amplia.

Para obtener alguna sistematicidad en la exposición, me propongo estudiar la experiencia colectiva desde la perspectiva de la sexualidad, la parentalidad y el trabajo. Esta subdivisión reconoce la íntima relación que existe entre estos aspectos de la existencia humana, que solo son disociados a fines de permitir el análisis.

## **Sexualidad**

La teoría psicoanalítica, cuya influencia ha permeado toda la producción cultural, ha destacado el rol central de la sexualidad humana en la constitución del psiquismo. De hecho se habla de “psicosexualidad”, y numerosos autores relacionaron diversos trastornos psicopatológicos con el concepto de trauma precoz y fijación, postulando que de acuerdo con el período evolutivo en que un trauma hubiera sido experimentado, se producen diversos estilos de personalidad o diferentes patologías.

Los períodos del desarrollo se han caracterizado por el predominio de determinadas pulsiones parciales. Karl Abraham (1924) clasificó las etapas del

desarrollo temprano en oral, anal y fálica, jerarquizando la importancia de la hegemonía pulsional para la construcción del psiquismo. La escuela inglesa de psicoanálisis fue aún más radical en el énfasis que puso sobre la erogeneidad, aunque también destacó la eficacia de las pulsiones hostiles, destructivas, en los desenlaces de las diversas posiciones por las que el sujeto atraviesa durante su desarrollo.

Algunos autores que comenzaron su trabajo al interior del psicoanálisis inglés, destacaron la índole social del ser humano, y la importancia de los vínculos con los objetos primarios de amor, odio y necesidad, vínculos a través de los cuales se estructura el deseo (Chodorow, 1984; Benjamin, 1995, 1997). La erogeneidad zonal y parcial, sólo adquiere sentido, desde esta perspectiva, como un modo de conexión con el semejante.

Cuando el foco de nuestro análisis se aleja de la consideración del individuo aislado para captar la trama vincular en la que éste adviene al mundo, se impone la necesidad de incluir en el análisis teórico de la subjetividad una nueva categoría, cuya importancia fue desestimada a partir de los primeros cismas acaecidos en el movimiento psicoanalítico. Me refiero a las relaciones de poder, concepto desarrollado por autores provenientes de las ciencias sociales, entre los cuales la figura más destacada es sin duda Michel Foucault (ob.cit.).

La empresa teórica de articular deseo y poder es difícil y arriesgada. Para dar un ejemplo, Luce Irigaray, psicoanalista feminista de formación lacaniana, perdió su cátedra en La Sorbona luego de la publicación de *Speculum* (1974) y de "Ese sexo que no es uno" (1982). En la primera obra realizó un lúcido análisis crítico de la conferencia freudiana sobre la femineidad, desde una postura feminista. En la segunda, su relectura del Seminario "Encore" dictado por Jacques Lacan, fue considerada por el autor como "una basura". Sin embargo, se trata de una autora muy respetada en otros ámbitos académicos.

No es posible en este contexto extenderme acerca de la relación teórica entre ambos conceptos, por lo que me limitaré a enunciar que en mi marco teórico intento su articulación (Meler, 2000). Maurice Godelier (1986), un antropólogo francés que estudió la masculinidad social, considera que existe una eficacia de la sexualidad para inscribir los arreglos de poder sobre los cuerpos. Compara a la sexualidad con el muñeco del ventrílocuo, al que se le hacen decir cosas que emanan de otro origen. Los arreglos acerca de la sexualidad expresan regulaciones sobre el poder y a la vez las reafirman constantemente al plasmar la erogeneidad y la vida de fantasía de los sujetos.

Los diversos períodos históricos se caracterizan por lo que podemos llamar regímenes sobre la sexualidad. Para ilustrar este aspecto, bastará describir sucintamente el régimen sexual característico de la Modernidad. El régimen moderno de sexualidad, se ha caracterizado por la vigencia del doble código de moral sexual. A diferencia del régimen antiguo y medioeval, la asimetría de poderes quedó encubierta bajo el texto de una ley pareja, que reclamaba para ambos, mujeres y varones, el limitarse al ejercicio de una sexualidad conyugal, heterosexual y reproductora. Como Freud manifestó (1908), esa extrema limitación era difícil de cumplir, por lo cual se impuso solo a las mujeres y se autorizó de un modo tácito la transgresión de los hombres. Este arreglo generó que se extendieran las personalidades masculinas caracterizadas por rasgos perversos, que hoy se prefiere denominar parafilias. Esta modalidad psíquica se debía a la autorización implícita para transgredir y para utilizar a las mujeres como objetos para el placer o para la reproducción, con escasa consideración por la experiencia subjetiva de las mismas.

Entre las mujeres cundió la neurosis, y en especial las histerias, expresiones del profundo malestar femenino en una cultura que reprimía la expresión directa de su sexualidad y a la vez les cerraba el camino de la transformación sublimatoria, negándoles la participación social, cultural y política.

Veamos ahora qué ocurre en la Postmodernidad. Más que una formulación general, prefiero plantear algunas observaciones derivadas de mi experiencia clínica, con el fin de abrir la posibilidad de reflexión.

Entre los *adolescentes*, la iniciación ritual o las prácticas orgiásticas se han transformado en un imperativo sostenido por el grupo de pares. En ese contexto, típico de los viajes con que se festeja el fin de la escolaridad media, se reprime el temor, la ternura y la falta de deseo. La sexualidad pasó de estar prohibida a ser obligatoria. Pasa algo similar con el consumo de alcohol y de drogas ilegales, que forma parte de esos rituales de pasaje a la adolescencia tardía.

En los sectores urbanos modernizados de nuestro país, *las mujeres jóvenes* tienen un acceso bastante similar al de los varones al ejercicio de su sexualidad. Al mismo tiempo, la disminución de la polaridad entre los géneros implica que los varones se involucren más profundamente en los episodios reproductivos, respecto de los cuales solían desentenderse. Por ese motivo, en ocasiones en que las madres abortaban, las jóvenes se casan o conviven y dan a luz un primer hijo que viene al mundo cuando sus padres aún no están en condiciones de madurez social y emocional. Esta falta de madurez se debe a que la adolescencia se prolonga cada vez más. Asistimos entonces a divorcios o separaciones precoces.

Es necesario aclarar que no me refiero a las alarmantes estadísticas acerca del aumento del embarazo precoz, que en muchos casos reflejan la dualidad social y la exclusión de los sectores sumergidos, que se reproducen de acuerdo con patrones premodernos. Estoy describiendo un fenómeno que observo en jóvenes de sectores medios, cuya práctica sexual parece estar autorizada subjetivamente pero que, sin embargo, no logran independizarla de sus consecuencias reproductivas. Es posible que la inmadurez y la impulsividad característica de la adolescencia conduzcan a embarazos precoces en un contexto que autoriza la práctica de la sexualidad, pero no puede promover la capacidad de anticipar las consecuencias indeseadas de la unión erótica.

También se puede observar un índice más alto de soledad y de uniones más tardías que en otras épocas, sobre todo entre los jóvenes que trabajan en empresas, cuyo trabajo se transforma en el eje de su existencia, y cuyos

requisitos subjetivos para emparejar se tornan más exigentes. Si bien esto crea nuevos problemas, la superación de la conyugalidad compulsiva, que era característica de generaciones anteriores, me parece auspiciosa.

Entre los *matrimonios jóvenes*, es posible observar que el disfrute de la sexualidad es considerado como un bienpreciado, recíproco, y en última instancia, constituye la base de la pervivencia de la unión. Sustentar los arreglos matrimoniales sobre la pasión, implica algo semejante a construir sobre la arena. Por este motivo la inestabilidad conyugal parece ir en aumento. Tal vez habría que revitalizar otras razones para sostener las uniones, motivos que fueron repudiados cuando se instituyó el matrimonio por amor, a partir de lo cual las consideraciones laborales, económicas o parentales perdieron legitimidad como sostén de una pareja. Si bien la coerción que la comunidad y el linaje ejercían sobre las personas en tiempos premodernos parecen hoy día inaceptables, tal vez sea cuestión de repensar desde una perspectiva postmoderna, o sea donde la libertad individual no es puesta en cuestión, la vigencia de la solidaridad para un proyecto de vida compartido.

Otro apunte postmoderno se encuentra entre *los divorciados mayores*. Allí se observa un fenómeno innovador en el que aparece una curiosa inversión de los roles tradicionales. Mientras que las mujeres modernas aceptaban cierta clausura erótica absoluta o relativa durante su madurez, las postmodernas experimentan una ansiedad semejante a la típicamente masculina: si no ejercen su sexualidad, se sienten mutiladas y descalificadas. A este factor novedoso, se agrega la tendencia tradicional a considerar que su vida sin un varón que oficie como cónyuge, carece de sentido y valor. Encuentran entonces un tipo de varones, que han tenido dificultades en lo que respecta a su inserción laboral y desarrollo de carrera, y que buscan instalarse en las casas de mujeres maduras, sobre todo si ya quedan pocos hijos con ellas o ya viven solas. En algunos casos los divorcios y las migraciones los han desinsertado de sus trabajos, o los avatares del capitalismo tardío los enfrentaron con nuevos desafíos que no lograron superar. Experimentaron por esos motivos, un proceso de descenso social, que intentan superar usufructuando su condición de bienes escasos en la madurez de la vida.

Se establece así una especie de explotación económica donde ellos venden sus favores sexuales y su aún prestigiosa compañía, a cambio de techo y protección. La situación se complica debido al hecho de que la andropausia existe aunque se la haya minimizado, tal como lo puntualizó Freud en el estudio del caso Schreber (1911-13). Debido a la claudicación erótica y económica de estos varones, las uniones que se forman en esas circunstancias resultan frágiles, ya que las mujeres se decepcionan.

Aunque los roles tradicionales aparecen como invertidos, habría que discutir si este tipo de unión no constituye en realidad una versión contemporánea del ancestral dominio masculino.

Los hombres maduros que han conservado su poder patriarcal, derivado en general del trabajo y el dinero, reafirman la dominación masculina a través de uniones con mujeres de menor edad, donde cambian protección social y económica por la ilusión de juventud que deriva de la revitalización erótica que se obtiene a través del vínculo con seres más jóvenes y deseantes. Ellas se sienten seducidas por la promesa de consumación edípica, a lo que se agrega la ilusión de adquirir poder y saber a través de un vínculo amoroso. Este tipo de relación es frecuente en los sectores donde la práctica del divorcio se ha instalado, y reinstala la asimetría patriarcal en el corazón de la postmodernidad, demostrando así que los cambios en las relaciones entre los géneros son más fáciles de proponer que de realizar.

### **Parentalidad:**

El ejercicio de *la paternidad* de forma independiente de la conyugalidad se está difundiendo de forma creciente (Burin y Meler, 1998 y 2000). Una vez superada la experiencia de la primera generación de divorciados que se alejaron de sus hijos, los varones jóvenes no abandonan a sus retoños, aunque sean concebidos en circunstancias complejas. Existen grupos y asociaciones civiles que reivindican el derecho de los padres a criar, no solo a proveer o disciplinar a los hijos. La participación de los padres varones en la crianza es un reclamo razonable en tiempos donde se comparte el ámbito del trabajo. Sin embargo, resta elaborar una cultura post divorcio, donde se

respeten los derechos de todos los participantes de las familias ensambladas, comenzando por los hijos, pero incluyendo también a los nuevos cónyuges, que con frecuencia ven desconocidos sus derechos en un contexto que jerarquiza los lazos de sangre por sobre la convivencia cotidiana.

Por parte de *las madres*, la figura del pelícano, que caracterizó la devoción exagerada de la madre moderna, está cediendo su lugar a la imagen de una madre que debe hacer complicados equilibrios entre sus aspiraciones laborales y sus obligaciones y deseos maternos. La falta de recursos institucionales que colaboren con las necesidades de la crianza, supone un riesgo de carencia emocional para los niños.

Estudios acerca de mujeres de carrera revelan que en sus prácticas coexisten modelos tradicionales respecto de la maternidad con modalidades innovadoras en lo que hace a la carrera laboral. Resta en el misterio como es posible conciliar ambos aspectos. Me inclino a pensar que lo que persiste son los ideales tradicionales acerca de la maternidad, ideales que no pueden cumplirse en la realidad.

La participación de los padres, sea que estén o no casados con las madres, puede crear modalidades familiares innovadoras que favorezcan la salud mental de los niños en un período donde la dedicación maternal está en retroceso.

### **Trabajo:**

Cerca de un 40 % de las mujeres en edad de trabajar lo hacen, mientras que la PEA masculina se redujo a un 70 %, aproximadamente. Si bien persiste una ancha brecha entre ambos géneros, está en un proceso de disminución. Por supuesto la segregación horizontal y vertical del mercado continúan y la ausencia o escasez de mujeres en los altos cargos sigue vigente. Este es un fenómeno que no creo obedezca a una repugnancia esencial de las mujeres hacia el dinero y el poder, tal como parece suponer Lipovetsky (1999), sino a la lentitud del proceso de nivelación de la jerarquía entre varones y mujeres.

En la actualidad se insinúa una tendencia que considero hay que estimular. Ambos géneros valorizan la calidad de vida y buscan formas de hacer compatibles el amor, la familia y el trabajo. La organización de la

identidad masculina en torno de la inserción laboral, que constituyó una característica de la modernidad, está cediendo lugar a un sistema de construcción de identidad sobre la base de las calificaciones, intereses y vínculos.

*La fluidez de la demanda laboral podría transformarse en un aliado de la conexión familiar.* Tal vez esto suceda en los sectores donde el desarrollo capitalista planteé una inserción laboral flexible, que aunque sea inestable permita rápidas reinserciones que no resulten traumáticas. Con ese régimen de trabajo, es posible brindar a los hijos un cuidado compartido por ambos padres, estén o no conviviendo y adecuado a las circunstancias del momento.

Me parece preferible no presentar conclusiones, para abrir de este modo la reflexión sobre las oportunidades y riesgos del nuevo milenio. Nuestra época, caracterizada por la transición desde una asimetría jerárquica entre los géneros hacia una democratización creciente de las relaciones entre mujeres y varones, presenta sus modalidades particulares de malestar en la cultura. Ante los nuevos problemas planteados, corresponde identificar cuales son las modalidades vinculares que representan las resistencias compartidas ante los cambios y en qué casos se intenta gestar en conjunto estilos amorosos y familiares que promuevan un mayor bienestar.

### **Bibliografía**

Abraham, Karl: 1924 "Un breve estudio de la evolución de la libido, considerada a la luz de los trastornos mentales", en *Psicoanálisis clínico*, Buenos Aires, Lumen - Hormé, 1994.

Benjamin, Jessica: *Los lazos de amor*, Buenos Aires, Paidós, 1995

-----: *Sujetos iguales, objetos de amor*, Buenos Aires, Paidós, 1997.

Burin, Mabel y Meler, Irene: *Género y Familia. Poder, amor y sexualidad en la construcción de la subjetividad*, Buenos Aires, Paidós, 1998.

Burin, Mabel y Meler, Irene: *Varones. Género y subjetividad masculina*, Buenos Aires, Paidós, 2000.

Chodorow, Nancy: *El ejercicio de la maternidad*, Barcelona, Gedisa, 1984.

Foucault, Michel: *Historia de la sexualidad*, Tomo I, *La voluntad de saber*, Madrid, Siglo XXI, 1980. Tomo II “El uso de los placeres”, México, Siglo XXI, 1986.

Freud, Sigmund: en *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu, 1980

1908: “La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna”

1911-1913 “Sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente (Schreber).”

Godelier, Maurice: *La producción de grandes hombres. Poder y dominación entre los baruya de Nueva Guinea*, Madrid, Akal, 1986.

Irigaray, Luce: *Speculum. Espéculo de la otra mujer*, Madrid, Saltés, 1978.

-----: *Ese sexo que no es uno*, Madrid, Saltés, 1982.

Lipovetsky, Gilles: *La tercera mujer*, Barcelona, Anagrama, 1999.

Meler, Irene: “El ejercicio de la sexualidad en la postmodernidad. Fantasmas, prácticas y valores” en *Psicoanálisis y Género. Debates en el Foro*, de Meler, I. y Tajer, D. (compiladoras) Buenos Aires, Lugar Editorial, 2000.

### **Abstract**

Se propone un marco teórico que articula el análisis de la sexualidad con el de las relaciones de poder debido a que ambos aspectos resultan cruciales para comprender la subjetividad y los vínculos entre los géneros. Sobre esta base, se describen algunas modalidades vinculares que es posible observar en la postmodernidad. El análisis se realiza sobre tres ejes: sexualidad, parentalidad y trabajo, considerados como aspectos interdependientes de la experiencia subjetiva y social. Debido a que atravesamos por un período de transición en las relaciones de género, coexisten intentos de reciclar la dominación masculina con ensayos tendientes a crear nuevos estilos de pareja y familia.

### **Abstract**

Our theoretical framework promotes an articulation between sexuality and power. Both aspects are considered important to understand subjectivity and gender relationships. On this grounds, some postmodern relational styles

are described. Three axes are proposed for the analysis: sexuality, parenthood and work. They are considered as interdependent aspects of social and subjective experience. Attempts of reinstallating masculine domination coexist with essays of new couple and family styles.